

PRÓLOGO

Hace ya años, en una visita a Portus, el antiguo puerto de Roma, un querido amigo marroquí me comentaba que deseaba ver algún día publicada una síntesis lo suficientemente amplia sobre la arqueología de la Administración española en Marruecos. Añadía, con buen criterio, que mientras las misiones arqueológicas francesas en el Magreb habían recibido una amplia atención por parte de la historiografía francesa, no veía que la investigación española estuviese interesada en difundir la labor realizada por los arqueólogos españoles en el norte de Marruecos, con medios más modestos, es cierto, pero con un componente patrimonial y una voluntad institucional dignos del mayor encomio y, por supuesto, de ser recordados y reconocidos.

Andando el tiempo, este deseo se ve completamente cumplido en el libro al que estas líneas sirven de prólogo. Y decimos *completamente* porque, a lo largo de más de un decenio, su autor, el Dr. Manuel J. Parodi Álvarez, a menudo en solitario y otras veces acompañado por otros autores, ya había ido desgranando de forma pionera y magistral esa misma historiografía en artículos de revistas, monografías y ponencias y comunicaciones en congresos cuyo contenido se reúne y vuelca en parte en estas páginas mejorado y acrecentado con nuevos materiales, valiosas reflexiones y acertadas interpretaciones, fruto del conocimiento y de la madurez científica alcanzados.

Esto resulta especialmente importante hoy, cuando las relaciones entre los dos países han vuelto a ensombrecerse, porque significa que por encima de circunstancias coyunturales, derivadas de la tensión internacional que está forzando las costuras del traje de las relaciones bilaterales, el patrimonio y la arqueología del Magreb continúan siendo elementos de concordia y acción común. Esto lo demuestra el éxito de los proyectos arqueológicos maroco-españoles coordinados por la Universidad de Cádiz, en los que a menudo se ha integrado el imprescindible trabajo historiográfico del autor de esta obra, y lo demuestra igualmente la sincera coopera-

ción institucional que ha involucrado, en la recreación de esa historia y en la propuesta de nuevos objetivos científicos, a instituciones universitarias y museos de ambos lados del Estrecho. Lo demuestra igualmente la importancia que en todo este proceso de recuperación de la normalidad han tenido el reconocimiento del pasado y la integración no traumática (porque no hay nada seguramente de lo que avergonzarse) de la labor meritoria y difícil, en las circunstancias materiales en que casi siempre se hacía, de arqueólogos como César Luis de Montalbán y Mazas, Pelayo Quintero Atauri o Miquel Tarradell i Mateu.

El conocimiento (mucho y bueno) y la maestría (innegable) de Manuel Parodi en el tratamiento de la historiografía española en el Magreb occidental han sido, desde luego, elementos insustituibles y valiosísimos en todo este proceso de (re)conocimiento y de (re)valoración de un pasado común no exento de dificultades. Él ha aportado algo fundamental para eso: el noble papel de la «historia historiográfica». Me explico: a menudo, la historiografía arqueológica no alcanza la categoría de «historia» a la que, desde luego, puede y debe aspirar, quedándose en una simple recolección y ordenación de hechos, personas y hasta anécdotas más o menos castizas. Sin embargo, el autor de este libro, aconsejado por su formación como historiador y su pundonor como investigador riguroso, ha sabido ordenar y trenzar los hechos, las personas y los lugares (ingredientes básicos dentro del *melting pot* historiográfico) en torno a las dos estructuras históricas que les sirven de esqueleto, sustento e, incluso, justificación: por un lado, el entramado político-diplomático de los años álgidos del colonialismo europeo, concretamente en torno a los intereses estratégicos de los diversos países; y, por otro, el entramado legal, institucional y patrimonial de lo que podríamos llamar, siendo un poco pomposos, la Administración cultural española en el norte de Marruecos.

El primer aspecto de los mencionados *supra* se liga al concepto mismo de «protectorado» que suponía la asunción de la gestión de los servicios públicos de un territorio teóricamente soberano. Y es este el sentido que guía, desde su constitución en 1912 en medio de periodos de guerras dentro y fuera del mismo territorio, la acción española en el norte de Marruecos. Y ello con una seriedad encomiable en una potencia de segundo orden que, sin embargo, pareció comprender que debía comprometerse completamente en el empeño: desde la más alta esfera diplomática hasta la gestión más cotidiana de las cuentas de un museo como el de Tetuán o las visitas a un yacimiento como Tamuda. Un ejemplo para una época como la nuestra, dominada por el cortoplacismo y el instrumentalismo.

En relación con el segundo aspecto, resulta destacable el interés con el que se estudian y ordenan en este libro los distintos órganos administrativos con sus cambiantes denominaciones. Sin duda, es la mejor forma de poner de relieve (sin mermarlo, pues ellos mismos contribuyeron a construir esta Administración) el papel de las figuras señeras de la arqueología española en Marruecos y, al mismo tiempo, como se ha indicado más arriba y como se insiste constantemente en la obra, de subrayar la relativa «modernidad» de la legislación y la seriedad institucional con que se contemplaba la acción cultural en el conjunto de la gestión española del Protectorado, incluso en circunstancias económicamente difíciles o política y humanamente dramáticas.

Desde luego, visto desde hoy, el de «protectorado» es un concepto inaceptable, pero, en el contexto de la época (otro de los aciertos históricos de la obra: el de adoptar siempre una perspectiva no presentista), la capacidad de los protagonistas